

Ha dado este movimiento un resultado excelente: el de orientar acerca de la verdadera opinión de España respecto a este punto. Ya la podíamos pronosticar, con sólo reflejar las conversaciones, que son un buen barómetro. De cada cien personas, sólo tres o cuatro se inclinarán a que la neutralidad se rompa. Es indudable que los belicosos, en estos momentos, están en ínfima minoría. La idea de una guerra, o solamente de algo que pudiese atraerla, provoca explosiones de repulsión y de espanto. Y a este criterio han respondido las otras manifestaciones, las de la calle, las estruendosas.

**

Hay algo indudable: y es que una nación, no queriendo la guerra, detestándola, puede verse compeliada a ella fatalmente. Tal es el caso de Bélgica; y no por lo que la gente supone, por la violación de su neutralidad, sino por la presión que ejerció Inglaterra, para obligarla a resistir con las armas. Yo confieso que, desde el primer momento, encontré singular lo de Bélgica. No necesitaba pelear, para defender su honor: bastábale una protesta que dejase a salvo su derecho. No tenía para qué hacer guerra de independencia, puesto que Alemania, del modo más explícito, aseguraba que no era su propósito anexionarse territorio alguno; que sólo reclamaba paso franco para sus tropas. La superioridad de la fuerza alemana no podía ocultarse al Gobierno belga; era un conflicto en que ni la menor esperanza de éxito podía alentarlos. Los belgas, gente de muy buen sentido, de una moderación harta demostrada, y que conocían cuál iba a ser el resultado de la aventura, preferirían no correrla. Pero también sabían el del enojo de Inglaterra, y optaron por la calandrida que, cuando menos, los dejaba en lugar airoso y les ganaba el dictado de héroes.

Son cuestiones en que no se sabe cuál es peor, y se procede a la desesperada, como en las grandes convulsiones, terremotos, aludes, erupciones de volcanes — que no dejan lugar a detenida reflexión ni a términos medios —. Y esto también puede ocurrir a España. ¿Quién lo duda? Hay hasta quien lo define y explica detalladamente, con sus causas, orígenes y plazos.

**

Este temor azuza a los que claman neutralidad. Tiemblan, por no estar seguros de que el permanecer neutral quepa dentro de nuestros medios de acción, de nuestra problemática libertad... Y, de antemano, elevan su protesta. Y yo me uno a ella; ¿cómo no he de unirme? Desear la guerra, cuando se tienen recursos para hacerla con gloria y provecho, aun no es natural ni casi disculpable, porque sólo el gran estadista, el pastor de pueblos, el que ve, en su previsión fecunda, más allá del momento presente, al través de la marcha majestuosa de la historia, tiene el derecho de provocar catástrofes, para lograr en lo porvenir mayores bienes con el engrandecimiento de su raza o de su nación; el ciudadano sin especial misión pública, sólo a la paz aspira y no contribuye a perder un bien tan precioso. Pero desear la guerra cuando se carece de preparación para sostenerla con alguna probabilidad de hacer siquiera un mediano papel..., sería acceso de locura, y España procede cuerda y prudentemente al clamar por neutralidad a toda costa.

**

No basta el valor, aunque sea factor importantísimo; no basta ni ha bastado nunca, aun en aquellos tiempos en que se luchaba cuerpo a cuerpo y con armas arrojadas. Hoy, si el valor y la disciplina son indispensables, y acaso más la última, lo que en primer término se ha menester son armamentos e invenciones mortíferas y devastadoras. Aunque (y me salgo con la mía) los zepelines están muy lejos de hacer el estrago que se supuso, las máquinas de muerte se han perfeccionado, la artillería se refina e intensifica, los barcos son las matemáticas que navegan y que disparan y que destrozan, y en suma, afirmamos que, si en conservar y hacer menos penosa la humana vida se ha adelantado bastante, mayor progreso han tenido las industrias y descubrimientos para arrasar, echar a pique y tumbar patas arriba.

Y nuestra patria, en especial, parece que de estos terribles artilugios está huérfana y ayuna, y que hasta sus barcos de combate, que no pasarán de tres (de verdadero combate, y hay quien los reduce a uno) no disponen de lo que más falta hace cuando se tienen cañones...

Dado todo lo que digo y mucho que sólo me atrevo a insinuar, la neutralidad es mi único anhelo,

lo mismo que el de cualquier español, que sólo vea en la guerra sus efectos espantables, y no sienta afán de dominar al mundo. Esto lo hicimos (y bien intensamente, como no lo hará César alguno) allá en los siglos XVI y XVII; pero con agua pasada no muele molino. Son los germanos los cesaristas de ahora, y no sé cómo saldrán del tremedal en que se metieron.

Esta interrogación inmensa, fúnebre, dibujada con rojo de sangre sobre un horizonte negro, es el espectro que nos tiene a todos como bajo aterradora pesadilla. Y, un día tras otro, mientras avanza silenciosamente el tiempo y el invierno dispone sus brumas y sus glaciales cierzos encogedores del ánimo, aguardamos la solución del enigma de esfinge...

**

De las noticias de testigos oculares se deduce que los *boy scouts*, en Francia, están prestando verdaderos servicios, en mil ocasiones. Su juvenil actividad, su inquietud de adolescentes, en vez de gastarse en crueles o impertinentes bromas, en quimeras y pedreas, en pasatiempos equivocados, se desahogan en hacer bien; en llevar agua, en las estaciones, a soldados y viajeros sedientos; en auxilios cuantos cabe, cumpliendo los estatutos de su institución, que ensalcé desde que la conocí.

Los niños, que tienen sangre viva y fresca, bullidora, están el día entero deseando moverse, emplearse en algo, juego, deporte o aprendizaje. Lo malo es que no se le fije al niño ocupación; porque busca las peores, sobre todo en las ciudades, donde la calle, su habitual paradero, el arroyo, en el cual lo sueltan los padres, para que dableen a su sabor, enseñan todo linaje de picardías y toda inmundicia en germen. Por un espontáneo impulso, los chicos de la calle tienden a la insolencia, a la mofa, a la impertinente curiosidad y a la inhumanidad bárbara. No ha mucho, en Madrid, persiguieron y corrieron como no se debe correr a los perros, a una pobre vieja, que gastaba peluca y a la cual se la arrancaron, hasta que, a fuerza de empujones y de achuchones, la tiraron al suelo, y allí no sé si bailaron sobre el pobre cuerpo débil, entre carcajadas... Si a los padres de esos chicos les pusiesen una buena multa, efectiva, no en broma, es fácil que tales escenas no se repitiesen.

Contra este modo de ser de la niñez va la institución de los *boy scouts*, que enseña a respetar a los ancianos, a las mujeres, a los enfermos, a los cansados, a los necesitados. Y en la guerra, hay tanta desdicha, tanta tribulación, que los niños activistas pueden ser de gran socorro.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Notad cómo, bajo el influjo de la guerra, de la guerra desencadenada y atroz, vuelve la humanidad a su estado primitivo, cual planta vigorosa que, podada de golpe, recobra su salvaje espontaneidad, libre de la traba del cultivo.

En el estado primitivo, en efecto, no pudo suceder más ni menos que ahora, pese a todas las humanizaciones del derecho de gentes, la lucha entre pueblos. En el estado primitivo, siendo la guerra lo habitual, lo de cada día, el hombre se consagraba exclusivamente a ella, vivía para ella, no tenía más anhelo ni más objeto ni otra preza; y la mujer, entretanto, desempeñaba los menesteres para los cuales no le sobraba tiempo a su señor.

Pues bien; hoy que el hombre, dejando su oficina, su taller, su arado, su máquina, vuela a alistarse para combatir, la mujer, o llamada oficialmente o por impulso natural, substituye al hombre en mucho de lo que no se creía «propio» de ella, y dirige los tranvías y los trenes, ¡después de tanto como rió París, oh París!, la aparición tímida de las *cocheras* de fiacre, de simón como aquí diríamos.

Es una victoria para la causa del feminismo, aunque se origine de un momento de inmensa angustia para la patria. Si la mujer puede desempeñar infinidad de cargos que el hombre exclusivamente retenía, asaz se demuestra que tal retención no era sino muestra de injusticia, y que la mujer sufría la ley del más fuerte..., esa ley que en el actual crítico instante rige y gobierna a Europa, a pueblos del Extremo Oriente, a Turquía, y casi a todos los del mundo, porque no hay ninguno que no sufra las consecuencias de tal estado de cosas, y este ramalazo espantable a nadie perdona.

**

La mujer, se me dirá, no hace la guerra, no se bate; he ahí una inferioridad o, mejor dicho, una diferencia que concede al hombre supremacía en la sociedad y en la nacionalidad. Yo (y lo digo sin temor alguno a los chistes fáciles, que son enteramente despreciables, son la plaga y la roña de nuestra mentalidad) supongo que las mujeres no guerrearán, sencillamente porque los hombres, desde el primer día, lo han hecho. Y no en todas partes, pues la tradición está llena de reminiscencias de amazonismo y es imposible que se califiquen de invento de la fantasía, pues existe siempre fundamento para lo más novelesco y extraordinario. Especialmente en las invasiones la mujer, sin que nadie se lo sugiera, ha peleado como el más bravo varón.

En cuanto a las consecuencias de la guerra, la mujer las sufre igual. Las abrumadoras contribuciones e indemnizaciones, que se traducirán en impuestos y en miseria, no distinguen de sexos. Los quebrantos y pérdidas, en fondos, en industria, en la agricultura, tampoco. Y las penas y dolores..., basta recordar que son madres las mujeres... y que a campaña van sus hijos.

**

La prueba de lo que la guerra repercute, aun en los países que no toman parte en ella, es la agitación política que ha causado la sospecha de que se quebrante la neutralidad.